

Aharon Appelfeld

Escribir desde lo oculto en el silencio

José Gordon

El novelista Aharon Appelfeld vive en las afueras de Jerusalén. Me recibe en su casa en un cuarto que fue alguna vez un garaje y ha sido adaptado como una biblioteca. Tiene 81 años. Su rostro redondo es afa-ble. Usa una gorra europea que remite a su origen en la ciudad rumana, ahora ucraniana, en la que nació también el poeta Paul Celan. Fueron amigos. Sus destinos quedaron marcados por la tragedia del Holocausto y la búsqueda de la expresión literaria. Al valorar la obra de Appelfeld, Philip Roth dice que se trata de “una voz que se origina en una conciencia herida que se ubica en algún lado entre la amnesia y la memoria”. Me encuentro con la mirada que corresponde a esa voz. Detrás de los lentes están escondidos los ojos de un niño fuerte y vulnerable que lo ha visto todo.

—Sus novelas tienen que ver con mirar y tocar al otro en situaciones extremas. Esto se vincula con su infancia. ¿Podríamos hablar de ello?

—Verá, amigo mío, si me permite llamarlo así.

—Sí, por favor.

—Yo nací en una ciudad llamada Czer-nowitz, una ciudad pequeña pero muy especial. Había dos preparatorias con enseñanza en latín y una gran universidad. En la ciudad había alrededor de 60,000 habitantes y más de la mitad eran judíos. Así que era una ciudad con cultura. No pude observar la cultura de la ciudad a profundidad porque vino la guerra cuando yo tenía ocho años y medio. Mi madre fue asesinada inmediatamente por los alemanes y mi padre y yo fuimos deportados a un campo de concentración. En el campo me separaron de mi padre y estuve a punto de morir por la falta de agua y de comida. Los jóvenes iban a trabajar. Los niños y los ancianos

sólo nos quedábamos acostados. Los ancianos iban muriendo. Fue en 1941 antes de la industria de matar al pueblo judío. Después vino Auschwitz, pero yo escapé del campo durante una noche porque los cercos no estaban electrificados. Estuve en un bosque. Ahí me encontré con un grupo de criminales que me adoptaron. Esa fue mi primera escuela. En casa apenas había terminado el primer año de primaria. Estuve con ellos dos años. Así que aprendí mucho sobre la vida, sobre el odio y sobre el amor. Aprendí de todo.

—Y tuvo que ocultar su identidad.

—Por supuesto. Nadie sabía que era judío. Era rubio, hablaba bien ucraniano, podía expresarme, pero mantenía la boca cerrada para no decir nada porque tenía un acento extraño. Sólo escuchaba las órdenes de los criminales: hacía exactamente lo que me ordenaban que hiciera pero jamás hablaba ni una palabra.



Aharon Appelfeld

—Tuvo que ocultar todo y de esta manera también aprendió a observar. De eso dependía su supervivencia.

—Sí, exactamente. Desarrollé una manera de observar a la gente. ¿Es buena? ¿Es mala? ¿Cómo es? Escuchaba y observaba todo el tiempo. Esto es algo que me ayudó a convertirme en escritor. Aprendí a no hablar. A hablar lo mínimo. El grupo de ladrones de caballos comerciaba con todo tipo de mujeres, las llevaban de un lugar a otro. Era una compañía muy cruel.

—Eso no deja espacio para la idealización, pero al mismo tiempo descubrió que había residuos de piedad y compasión incluso ahí.

—Sí.

—¿Cómo es eso?

—Por un lado, eran crueles, era una sociedad cruel. Pero por otro lado, tenían algunos sentimientos sobre los seres humanos, sobre las mujeres, sobre el amor.

—¿Sobre Dios?

—También sobre Dios. Dios era muy importante. Eran asesinos, pero aun así algunos estaban conectados con la metafísica.

LA RECUPERACIÓN DE LA PALABRA

—Y hubo un tiempo para aprender a expresarse, para comunicar lo vivido, pero eso era muy difícil. En el libro *La escritura o la vida* Jorge Semprún, sobreviviente de Buchenwald, dice que ese es un dilema muy poderoso, porque como artista no hay que reprimir la memoria, pero al mismo tiempo eso es peligroso.

—Es verdad. Era, antes que nada, un problema psicológico para mí. Cuando vine a Israel, por muchos años estuve totalmente desorientado. Recuerdo un día en que esta-

ba sentado después de haber comido. Me dije: “Soy huérfano. No tengo padres. No tengo una lengua. No tengo un hogar. No tengo mi calle. Así que seré un huérfano permanente. De ahora en adelante seré un huérfano permanente”. Entonces tomé una pluma y escribí el nombre de mi padre, el nombre de mi madre, los nombres de mis abuelos, el nombre de mi pueblo. Hice una larga lista. De pronto, comprendí que no era huérfano. Ellos están conmigo. Esto fue una revelación para mí. Ellos no están conmigo, pero existen. Los tengo. Son parte de mí. Creo que esta fue mi primera revelación. Tenía entonces 15 o 16 años. Cuando vine a Israel tenía 13 años. Así que los tengo, están conmigo. No estoy solo. Y llegaron lentamente. Tuve que recuperarlos. Y eso es en realidad lo que estoy haciendo al escribir. Recuperarlos.

—Y de esta manera usted conoció a grandes maestros que le ayudaron a entender lo que estaba haciendo con su obra. Conoció a Agnon, a Martin Buber, a Gershom Scholem. Háblenos de estos encuentros y de cómo alteraron su obra y su vida.

—Verá, yo fui afortunado. Para muchos no fui tan afortunado pero, a partir de este momento, fui afortunado. Conocí buenas personas, personas extraordinarias, artistas, eruditos y pensadores que fueron mis maestros en la universidad y fuera de la universidad. Buber, Scholem y Agnon vieron mis primeros manuscritos. Me alentaron. Ellos, de una manera intuitiva, entendieron que tengo algo que decir, que soy un artista, que hablo acerca de mi mundo interior. Y me ayudaron. Scholem y Buber solían editar mis cuentos.

—El *Ich Und Du*, el *Yo-Tú* que aprendió con Martin Buber, lo incorpora en relatos que pueden aparecer en la vida real. Por ejemplo, en la novela *Flores de sombra* existe la sensación de que usted realmente está dentro de la otra persona y la otra persona está dentro de usted de tal manera que es algo metafísico.

—Sí, sí. De alguna manera interioricé lo que aprendí de Martin Buber, sin duda. Él era un maestro, incluso más que un maestro. Era un mentor. Pero tenía que darle mi forma. Verá, mi experiencia en la vida me enseñó a observar, a escuchar a las personas. Y uso las palabras generalmente



Aharon Appelfeld y José Gordon

con amor por la gente, porque durante todas mis experiencias —aun de niño— la gente me ayudó. Incluso los criminales, que eran gente terrible, me salvaron, me ayudaron. Me enviaron a hacer cosas terribles. Pero de alguna forma, me amaban. Al principio, antes de ser adoptado por estos criminales, fui adoptado por prostitutas. Yo tenía 8 o 9 años y estaba en una casa de prostitutas, escuchando todos los sonidos cuando hacían el amor. Ahí, voluntaria e involuntariamente, aprendí mucho. Aprendí el lenguaje corporal. Provengo de un hogar de la pequeña burguesía donde no había amor carnal. Se ocultaba. Aquí había amor carnal, yo lo veía. Especialmente por las noches, lo veía.

—Y ellas lo protegían.

—Me protegían, claro. Así que era una especie de entendimiento mutuo, de ayuda mutua. Y lo que es muy interesante es

que aprendí a no juzgar. No juzgo a las personas. Trato de entenderlas. Amo a los marginados. Mientras más marginados, son más auténticos. No hay camuflaje. Hay franqueza. Ellos son lo que son. He estado con los marginados y amo a los marginados, los adivinos y las prostitutas, sí, los marginados.

—Aprendió a ver el buen corazón que existe ahí.

—Sí, siempre. A todos los que sobrevivieron en el Holocausto alguien los ayudó a sobrevivir. Sobreviviste porque alguien en un momento de honda desesperación te dio un pedazo de pan. Te dio una palabra bondadosa.

—Todos parecen enfocarse en la maldad que había y por supuesto usted no la evade, la mira de frente. Realmente ve la maldad. Pero al verla hay una tendencia a olvidar que también hubo piedad y compasión.

—Exactamente.

—¿Cuáles fueron los problemas al tratar de comunicar este mundo cuando publicó sus primeras novelas? Vargas Llosa diría que algunos escritores —aunque no estén en estos márgenes de la sociedad de los que usted habla— tienen el problema de que deben modular la realidad porque si la narran tal cual es increíble. Supera a la imaginación. Es más de lo que la imaginación puede soportar o entender. Así que debe haber una estrategia para que el escritor pueda transmitir esto.

—La estrategia es simplificarla. Ir a los sentimientos básicos. Quitar emociones que no son necesarias. Idealizaciones que no se necesitan. Sentimentalismos que no se requieren. Solo lo básico: sed, hambre, debilidad. Solo los sentimientos básicos: el amor, la añoranza. Uno no puede extinguir el fuego. El fuego existió y fue muy fuerte, pero puedes tomar un poco de distancia del fuego. No escribo sobre los campos de concentración porque en ellos uno perdía el 70 u 80 por ciento de su personalidad. Uno ya no es un ser humano. Solo es un animal que quiere comer, que quiere beber. No lidio con esto. Escribo sobre el gueto donde aún había vida. Una vida terrible, difícil, pero aun así vida. En el bosque era una vida terrible, pero era vida. Me ocupo de las áreas donde los hombres aún son seres humanos. Pueden ayudar y quieren ayudar.

—Y esto no destruye su corazón. En cierta forma, tiene que ver con lo que Paul Celan escribió sobre la leche negra del alba que tenían que tomar. ¿Cómo hizo para no envenenarse?

—Porque siempre me he encontrado con alguna persona que no está envenenada. Siempre he encontrado gente que no está envenenada. Siempre he encontrado un hombre que me ha dicho una palabra bondadosa. Que ha tratado de ayudarme. Y esto conservó mi integridad. Mi humanidad.

—Me gustaría que nos contara una historia que refleje este encuentro con otras personas al nivel profundo de la literatura que usted trata de expresar —Appelfeld se interna en su mundo por unos instantes. Está en una región entre la amnesia y la memoria. Las palabras despiertan:

—En un edificio en París, en una calle cualquiera había una niña que no era ju-

día. Tenía cinco años. En la casa de enfrente vivía una familia judía con un niño de cinco años. Jugaban juntos. En 1941, se llevaron al niño a un campo de concentración y la niña —que no era judía— preguntaba: “¿Dónde está? ¿Dónde está Jack? ¿Por qué no está aquí?”. Los padres le dijeron cualquier cosa, pero ese niño de cinco años, Jack, permaneció en su corazón. Ahora ella tiene más de 70 años. Y ese es su problema. Tenía un amigo cuando tenía cinco años y ahora sabe exactamente qué fue de él porque investigó. Incluso consiguió la lista de las personas que fueron asesinadas en Auschwitz y el nombre de él está en la lista. Y ella acude a mis libros porque en mis libros encuentra a un niño de cinco años de edad.

—Finalmente, quiero leerle algo que me gustaría que comentara. Usted dijo: “La verdadera literatura se ocupa de lo que está oculto en el destino y escondido en el alma humana. Existe en los reinos metafísicos”.

Tal vez ahí está la esencia de su literatura, de su obra.

—Verá, amigo mío. ¿Cómo vemos a los seres humanos? Esa es la pregunta. ¿Cómo los vemos? ¿Los vemos como polvo? ¿Como nada? ¿Como algo que te va a torturar? ¿O los vemos con su humanidad? Todos tenemos debilidades. Todos tenemos faltas. Todos tenemos algo que no es perfecto, cuando menos algo que no es perfecto. ¿Cómo encontrarte a ti mismo en ellos? ¿Cómo estar cerca de ellos? No soy una persona ideológica. No soy una persona política. Jamás he participado en la política. A través de las personas, a través de mi experiencia, he obtenido una visión de lo que es un hombre y probablemente de lo que debe ser un hombre. Así que no es un programa que tenga. Nunca es un programa. Son solo algunos seres humanos que llegaron a mí, los conocí, los confronté y ellos me dieron algo que va más allá de la ideología. Va más allá. Es humanidad. Tengo hambre de humanidad. **U**

Flores de sombra

En la novela *Flores de sombra* (Galaxia Gutenberg, 2012), Aharon Appelfeld narra la vida judía dentro de un gueto que ya sabe cuál va a ser su destino. La madre de Hugo, un niño de once años, trata de salvarlo por todos los medios posibles. Para que no lo deporten al campo de concentración le pide ayuda a Mariana, una amiga católica de infancia. Ahora es una joven que por azares de la vida trabaja en un burdel. Ella acepta ocultar a Hugo en su habitación. En las noches, dentro de su escondite, mientras los oficiales y soldados nazis son recibidos por Mariana, Hugo escucha los sonidos de la sexualidad y la violencia.

De manera magistral, Appelfeld describe la toma de conciencia que tiene Hugo. Se entera al mismo tiempo de lo que significa un burdel y del genocidio que sucede en esos días; a la vez, se dibuja un poderoso vínculo de afecto entre la prostituta y el muchacho. Ello desemboca en la iniciación sexual de Hugo.

Al terminar la guerra ocurre una especie de idilio en ruinas. Por fin son libres. Sin embargo, Mariana sabe que esos días de felicidad están contados. Mariana es apresada junto con todas las prostitutas que sirvieron a los nazis. Es condenada a muerte. Hugo trata de buscarla. Los guardias se ríen de él. Entonces se da cuenta de lo que ha ocurrido: “Solo ahora, con retraso, comprendía que Mariana había adivinado lo que iba a pasar, y con gran exactitud, aunque entonces, en la verde calma que los rodeaba, sus palabras habían sonado a una mezcla de fantasía y temor. Una vez le dijo de forma muy explícita: ‘Si me matan, no me olvides. Eres la única persona en el mundo en quien confío. He plantado en ti una parte de mi alma. No quiero abandonar este mundo sin dejarte algo mío. Oro y plata no tengo, toma mi amor y guárdalo en tu corazón, y de cuando en cuando dite a ti mismo: *Una vez existió Mariana, fue una mujer a quien hirieron gravemente, pero no perdió la fe en Dios*’”.